# EL TEMA RURAL EN LOS ORIGENES LITERARIOS DEL NACIONALISMO VASCO

«Gaban zan. Egun artan berean lege gogor, kaltegarri eta bidegabe batek, zoriontasun eta onorea Euskaldunai kendu izan ziezten. Ni, eche-balkoyan sostengatua, Kastillako zelai latzari begira nengoen. Negar malkoak nere aurpegiya bustitzen zuten eta biotz gaisoak, miñaren ezpata zorrotzaz zulatua, ojuka eta ayezka bere aserre biziya agertzen zuben. Ah! zaiñ ederrak ikusten ziran illargi ta izarrak zeru garbi urdiñean, eta bitartean zenbat suspiriyo, atsekabe eta illunta sen euskal-erri maitiarentzat! ¡Ay! — nigar esaten nuben tristiró — gaur dura galdu da; danbolin-soñuak, artzai-irrintziak, neskach-panderoak, erromeri-tuntunak, ola-dunbotsak, betiko isildu dira euskal-erriko mendietan. Omen ordez, ama guziyak, ikustean beren semeak urteon lapurtu oraiñ fueroak? — Eta nik,orregatik, galdetzen det orain: —¿Nola salbatuo gera, Juan-Jaugoikoa, gu euskadunak?»

(Arturo Campión, «Denbora anchiñakoen ondo-esanak», 1881.)

«Fuese pobre Bizkaya y no tuviera más que campos y ganados y seríamos entonces patriotas y felices.»

(Sabino de Arana-Goiri, en *Bizkaitarra*, 1895.)

Parece indiscutible que el proceso de industrialización en Vizcaya constituye el marco en que hace su aparición el nacionalismo vasco. Sin embargo, pocas veces una ideología política ha jugado tan a fondo la baza de la apología del mundo rural. La defensa y la exaltación de un orden agrario idealizado ocuparían probablemente, en un análisis estadístico, los primeros lugares en el cuadro doctrinal del movimiento fundado por Sabino Arana-Goiri. Por añadidura, cuando llega la ocasión, el nacionalismo vasco no olvida poner en práctica las medidas derivables de aquella toma de posición: en el único período en que la organización dispondrá de un cierto poder en condiciones de normalidad, al controlar entre 1917 y 1919 la Diputación provincial de Vizcaya, el presupuesto desti-

nado a agricultura y ganadería sextuplicará su valor por impulso nacionalista, pasando de 172.605 ptas. en 1917 à 1.017.126 en 1919[1]. Lo mismo que en la protección decidida del euskera, la Comunión Nacionalista sabrá cumplir sus compromisos electorales hacia un campesinado sobre el que ejerce una atracción creciente, logrando con su decidido apoyo que dicho grupo social, de fuerte arraigo tradicionalista, asuma el proyecto de redención mediante el acceso a una propiedad estable que imagina para él una corriente ideológica derivada en todas sus motivaciones de la concentración industrial. Justificando en 1919 su gestión, era consciente de ello la representación nacionalista: «Una de las cosas de que más acusan los enemigos del nacionalismo a éste es de su ruralismo, dando salida con estos ataques al despecho que les produce el formidable arraigo que nuestras ideas han alcanzado entre los nobles baserritarras[2].» A corto plazo, la trayectoria política española y la crisis interna nacionalista dejarían sin efecto visible dicha implantación, conseguida en las dos primeras décadas del siglo. Pero cuando en 1931 reaparezcan, libres en buena medida de corrupción, las consultas electorales, podrá el nacionalismo recoger lo que uno de sus teóricos más relevantes denominó «la siembra» de los primeros tiempos: el Partido Nacionalista Vasco no saldrá en los cinco años republicanos de una situación de inferioridad en las zonas estabilizadas de predominio agrario (Navarra y Alava), y en las áreas urbanas sólo la desunión obrera hace posible el éxito de Bilbao, en noviembre de 1933, pero su predominio, en detrimento del carlismo, se hace sentir claramente en la Vizcaya y la Guipuzcoa rurales. La distribución de sufragios en las elecciones de 1933 y 1936, y el éxito de organizaciones agrarias próximas al nacionalismo, como el Euzko-Nekazarien Baskuna probaron que la difícil labor de desgaste a expensas del tradicionalismo se había consumado, restableciendo el equilibrio entre el componente ideológico que desde los primeros tiempos fue el sector rural y su participación real en el movimiento nacionalista.

No obstante, la función desempeñada en el nacionalismo vasco por el ruralismo viene necesariamente mediada, en términos cualitativos y cuantitativos, por la industrialización acelerada del último cuarto del XIX.

La imagen idílica del «baserritarra» opera en el ideario forjado por Sabino Arana-Goiri como instrumento de legitimación de un rechazo de la sociedad urbana e industrial, determinado a su vez por la concentración obrera en la cuenca minera y en las instala-

1. Liga de Acción Monárquica de Vizcaya. *La Administración provincial en mamos de los nacionalistas*, Bilbao, 1919.
2. *La actuación de nuestra primera mayoría*, Bilbao, 1919, p. 24.

ciones siderúrgicas de la margen izquierda de la ría. El cambio social promovido por la industrialización ha alterado radicalmente las relaciones de poder, económico y político, preexistentes, generando una situación de conflicto de clases en que los principales antagonistas son en si mismos resultado de la acumulación capitalista: *a*) una gran burguesía, que obtiene su poder económico con la exportación de mineral y los establecimientos siderúrgicos, y que opera sobre el mercado nacional español, alcanzando a través de la utilización en su propio interés del mecanismo de corrupción electoral, un poder político que le sirve a un tiempo para adecuar su actuación con el poder central y reemplazar a los grupos dominantes anteriores, y, *b*) una clase obrera, en buena proporción reclutada fuera del País, sobre la que obtienen a partir de la huelga general de 1890 un efecto creciente los trabajos de propaganda socialista. La acumulación capitalista y la rápida concentración económica y demográfica dan lugar a un fénómeno de crecimiento numérico y desplazamiento de las capas medias respecto a los ejes del poder y del conflicto, en consecuencia. El rechazo de las consecuencias de la industrialización, punto de partida del programa nacionalista de Arana Goiri, podrá así aparecer como una actitud anticapitalista; pero una vez más este juicio entrañaría olvidar la mediación decisiva que constituye el verdadero adversario: la clase obrera, descrita en términos de discriminación étnica como «belarrimotzas» a «maketos». La adopción de la imagen idealizada del orden rural resultaba así una exigencia como término de comparación respecto a la miseria y negatividad de la población inmigrante. El complemento válido de un segundo rechazo, relativo éste al proceso de destrucción de la cultura tradicional y «castellanización», permitirá al naciente proyecto ideológico operar sobre un doble frente, primero, de defensa de la cultura (y, supuestamente, la moralidad) puestas en peligro por el nuevo modo de producción dominante en el País Vasco, y segundo, de afirmación de una fuerza política que rechaza la conflictividad típica de una sociedad industrial (frente a la clase obrera organizada) y, como consecuencia indirecta, combate asimismo la posición dominante de la gran burguesía vasca, satisfactoriamente integrada en el mercado nacional español. Tratando de resumir al máximo, éste es el sentido que cabe atribuir a los reproches que Arana dirige al capitalismo bilbaino:

Con esa invasión maketa, gran parte de la cual ha venido a nuestro pueblo por vuestro apoyo, para explotar vuestras minas y serviros en los talleres y en el comercio, estáis pervirtiendo la sociedad bizkaina, pues cometa es ese que no arrastra consigo más que inmundicia y no presagia más que calamidades: la impiedad, todo género de inmoralidad,

la blasfemia, el crimen, el librepensamiento, la incredulidad, el socialismo, el anarquismo, todo ello es obra suya [3].

De ahí el regreso propuesto a la utópica imagen del orden agrario vasco, espejo de moralidad y de relaciones sociales no conflictivas. Todo dualismo moral requiere para operar ideológicamente de modo eficaz un doble polo, y si el del Mal resultaba lógicamente atribuído a la clase obrera revolucionaria y no vasca, el del Bien encontraba un protagonista inmejorable en un estereotipo que, según veremos, tenía una fundamentación incluso abrumadora en la literatura vasca del ochocientos.

Si Arana Goiri traza las líneas ideológicas fundamentales, sus continuadores las recogerán, dándoles un cierto orden sistemático. Es lo que representa, para nuestro tema, la obra de su discípulo más influyente, el guipuzcoano Engracio de Aranzadi «Kizkitza», editorialista habitual de *Guipuzkoarra*, primero, entre 1908 y 1913 y deste esta fecha hasta la República de *Euskadi*, el órgano diario de la Comunión Nacionalista. Sus posiciones ideológicas han quedado resumidas en dos libros, *La nación vasca* (1919) y *La casa solar vasca* (1932) en que el ruralismo como pieza clave de la ideología nacionalista aparece una vez más repetido hasta la saciedad. No es sólo la insistencia en la condena sabiniana de la industrialización, cuyo derivado, los conflictos obreros, juzga «funesta desviación, nacida del principio de todas las calamidades que padece el pueblo vasco». Invirtiendo las motivaciones de su ideología, «Kizkitza» llegará a afirmar que todo lo relativo a la zona industrial de Vizcaya es ajeno a Euzkadi: «El proletariado industrial vasco — escribe-es muy reducido en relación con la población suya que vive en el campo y de los productos de la tierra. Hablamos aquí del proletariado industrial vasco, y con ello excluímos a las muchedumbres exóticas que vinieron acá por su conveniencia. Estas no forman parte del pueblo vasco, aunque vivan en su territorio, como no forman parte de la población vasca los grupos de familias de raza gitana que se establecen entre nosotros [4].» En síntesis, para Kizkitza existe una nación vasca cuyo soporte es la diferenciación racial, apoyada por la del idioma, y cuyo reducto, frente a los cambios corruptores introducidos por la industrialización, es el caserío. Las formulaciones pueden parecer elementales, pero con su radicalismo muestran mejor que todo comentario su significación ideológica: «Aquí ruralismo — escribe — fue patria y urbanismo negación patria [5].» De ahí que el evangelio nacionalista se

3. Sabino Arana Goiri, *Obras completas*, p. 441.
4. Engracio de Aranzadi, *La casa solar vasca*, San Sebastián, 1932, p. 260.
5. *Ibidem*, p. 274.

despliegue en la enumeración de las diferentes casas solares vascas, santuarios de la raza.

Con su aparente tosquedad, el esquema suponía en realidad una alternativa donde la negación alcanzaba, no a la industrialización, sino a sus aspectos disfuncionales — el conflicto de clases —, dejando desprovista de toda legitimidad a la actuación política del proletariado industrial. Condenando «la entrada en territorio vasco de grandes grupos exóticos», Kizkitza describirá el procedimiento de salvación articulado mediante la «democracia vasca»:

> ¿Cómo salvarnos y salvar la nacionalidad? ¿Cómo? Recurriendo a los mismos orígenes, ocultos de la vida; entrando en la casa solar y abrazándonos a la tierra de nuestro apellido[6].

En realidad, el alcance político de las declaraciones de Kizkitza puede observarse en la obra de uno de sus continuadores, el sacerdote José de Ariztimu, que casi en vísperas de la guerra civil publica un libro titulado justamente *La democracia en Euzkadi.* La evocación del funcionamiento perfecto de la democracia vasca del Antiguo Régimen precede a un proyecto cuya significación real es la instauración de un régimen oligárquico, asentado en el sufragio fogueral para los vascos originarios — limitado pues a los cabezas de familia —, con asambleas parlamentarias elegidas por sufragio indirecto a partir de los representantes municipales. Todo lo cual, por otra parte, no era sino una extrapolación de la organización del Partido Nacionalista Vasco, tal como resulta de la Asamblea de Tolosa, de 29 de enero de 1933. La distinción establecida por Kizkitza entre la democracia vasca y la anglosajona adquiría así una significación precisa : de exclusión, no sólo frente a la participación femenina, sino de la categoría mal determinada de «persona parasitaria, sea vagabunda o capitalista[7]». El «ruralismo», exaltado ahora a «valor humano superior» cubría en el extremo su función política en una sociedad industrializada, al servicio de la búsqueda del poder político de los grupos sociales que en el País Vasco de 1930 intentan acceder a él a través del proyecto nacionalista.

Sería inexacto, en todo caso, atribuir este «ruralismo» vasco a la aparición del pensamiento nacionalista, en la década de 1890. Sus raíces son anteriores, siguiendo un proceso de adaptación política, desde su primera aparición con la literatura romántica, cuya secuencia intentaremos reconstruir.

6. *Ibidem*, p. 11.
7. J. de Urkina, *La democracia en Euzkadi*, Donostia, s.a./¿1935?/, p. 339.

En este sentido, las tres líneas complementarias que, en el País Vasco, van configurando a lo largo del XIX, los temas y argumentos de la síntesis nacionalista apuntada, son:

*a*) el fuerismo político, que en especial desde 1838 insiste sobre el conflicto entre el régimen constitucional español y la organización propia del País en el Antiguo Régimen, hasta configurar la imagen de la «democracia vasca»;

*b*) la literatura costumbrista, de gran difusión en la España isabelina a través de publicaciones como el *Semanario Pintoresco*, y que mediante autores como Antonio de Trueba da forma al «tipo vasco» y a la correlativa imagen armónica del régimen de producción agrario, preindustrial, y, finalmente,

*c*) la fusión de una historiografía romántica nacionalista, destinada a proyectar hacia el pasado las virtudes del estereotipo nacional de acuerdo con un esquema dual nacional/extranjero — comparable al que en los años cuarenta difunde en Madrid con su *Galería regia* la Sociedad Literaria —, con la narración de corte legendaria, que aparece tanto de forma autónoma como inserta en la novela popular de tipo folletón en la obra histórica. Esta mitificación resultará fácil y de gran operatividad, aplicada a un pueblo como el vasco de pasado político escasamente determinado. El joven Unamuno podrá con razón lamentarse de la saturación de escritos sobre Lekobide y Aitor que, como más tarde ha de reconocer Julio de Urquijo, cumplirán una función subsidiaria respecto a una historiografía inexistente.

De las tres corrientes, el fuerismo político es la que hasta más tarde mantiene una ambivalencia. La argumentación se mueve sobre los mismos temas y puntos nodales que acuñaran los tratadistas del XVIII, como Larramendi o Fontecha y Salazar, con la acumulación de carga erudita que van a suponer las aportaciones históricas de Novia de Salcedo y Sagarmínaga. Pero, en cuanto a connotación ideológica, la revolución liberal ha generado dos tipos de fuerismo claramente diferenciados. La versión liberal-democrática de los fueros surge como complemento de la difusión de la imagen del liberalismo de las instituciones aragonesas medievales, en los meses que siguen a mayo de 1808. Y, como esta imagen, tiene antecedentes muy claros en la literatura política ilustrada. El régimen foral aparecía como una prefiguración de la Constitución liberal con que se trataba de superar el pasado absolutismo. Más tarde, los fueros jugarán el mismo papel en relación al federalismo democrático, desde la aparición en torno a 1840 de las primeras publicaciones republicanas hasta *Las luchas de nuestros días*, en que a fin de siglo presenta Pi y Margall el federalismo como solución política a la heterogeneidad regional del Estado español. Todavía

en los primeros años del XX reaparece con cierta fuerza un fuerismo republicano, como ideología posible de una burguesía urbana: es el «fuerismo progresivo» que propone Francisco Gascue y que por un momento (1904-6) parece contar con alguna probabilidad de éxito en el contexto de la Liga Foral Guipuzcoana. Pero, con intensidad creciente a lo largo del XIX, el fuerismo se adaptará a la adopción de posturas conservadoras y tradicionalistas. El fuerismo de los moderados bajo Isabel II, con ultra-conservadores como Lersundi y Egaña, tiene por base el sistema electoral más restringido de la España posterior a 1837. Y en el pensamiento carlista, la insistencia sobre temas como la unión voluntaria de Guipúzcoa a Castilla y planteamientos históricos en apariencia prenacionalistas — como los artículos que Ramón Ortiz de Zárate publica bajo el título de «Laurac bat» en el *Semanario Católico* vitoriano — responden en la práctica a una voluntad de movilización frente a la monarquía liberal establecida en Madrid. También a partir de la pérdida definitiva de los fueros, en 1876, el fuerismo irá soltando paulatinamente el lastre liberal, hasta configurar una simbiosis de sacralización y mitificación del régimen perdido, perfectamente adecuada a la mentalidad dominante en medios rurales y a sus portadores (propietarios de la tierra, clero, campesinado). Hasta que los cambios demográficos de Vizcaya a partir de 1876 permitan una nueva utilización de los mismos argumentos.

Por su parte, la función principal de la literatura costumbrista será acuñar la imagen idealizada del mundo rural, descrito como modelo de existencia feliz y virtuosa. El estereotipo será un denominador común en las literaturas costumbristas europeas, pero pocas veces como en el caso vasco ha de tener una utilización política tan intensa y perdurable. A fines del XVIII, algún fuerista como Bernabé Antonio de Egaña había hablado ya del labrador de Guipúzcoa como «símbolo de laboriosidad», pero no sin precisar a continuación que también lo era de pobreza, «porque ingrata la tierra a sus sudores y fatigas, apenas le da lo preciso para no caer muerto de hambre[8]». Este segundo aspecto desaparece en las descripciones costumbristas, elaboradas con frecuencia por hombres que escriben, como Trueba o Vicente de Arana, desde un medio urbano y una posición social distanciada de quienes efectuan el trabajo en el campo vasco. Pero ahora van a recibir el respaldo de una interpretación supuestamente científica. En uno de los textos agraristas de mayor difusión en el siglo, el *Fomento de la población rural* de Fermín Caballero (1862), el modelo de

8. Bernabé Antonio de Egaña, *Continuación de la memoria que sobre las fábricas de anclas, de palanquetas, de baterias de hierro, la fandería, y otros establecimientos de Guipúzcoa...*, p. 176.

explotación agraria, el coto redondo acasarado, tiene por referente principal a las caserías vascas:

Los coto-caserías vascongados, con ser susceptibles de mejoras, pudieran servir de modelo para la población rural de España; y este laudable ejemplo... bastaría para justificar, en todos los conceptos, la importancia de que la clase agrícola viva aislada y dominando los campos: El país vasco puede considerarse como una federación de familias rurales, que pueblan el terreno del modo más conveniente a la agricultura [9].

Además Caballero no se detiene en juzgar la distribución de las explotaciones como un óptimo técnico, sino que extrapola su valoración al terreno moral, juzgando que de aquella se deriva la pureza de costumbres vasca: «Criados en la vida sencilla, recogida y laboriosa de la casería, bajo las influencias de una autoridad paternal, robusta y patriarcal, que apenas ha variado en siglos, conservando todavía el sello virginal primitivo, mantienen los vascongados costumbres dulces y puras, que en todo influyen y hasta en los ocios se revelan [10].» Es la misma observación que hace Le Play y que se va a encargar de divulgar el costumbrismo que tiene por figura central en el País Vasco al periodista Antonio de Trueba. El sentido de las descripciones del País, en sus múltiples relatos, responde a la imagen de sus recuerdos de mocedad que él mismo transcribe en el prólogo a *El libro de los cantares*, de 1851. Es la imagen del País Vasco «color de rosa», compartida por Elissamburu, Juan V. de Araquistain, y tantos más, y que ha llegado estereotipada a nuestros días, olvidando por entero las relaciones de trabajo y versión según la cual la emigración es un simple efecto de un carácter aventurero puesto al sevicio de elegías y narraciones sentimentales:

En la falda de una de las montañas que cercan un valle de Vizcaya hay cuatro casitas blancas, como cuatro palomas, escondidas en un bosque de castaños y nogales, cuatro casitas que desde leios sólo se ven cuando el otoño ha quitado a los árboles sus hojas. Allí pasé los primeros quince años de mi vida.

En el fondo del valle hay una iglesia cuyo campanario rompe la bóveda del follaje y se alza majestuoso sobre los nogales y los fresnos, como si quisiera significar que la voz de Dios se eleva sobre la naturaleza [11]...

En semejante contexto, pueden tener plena expansión la alegría y la pureza campesinas. En un cuento algo posterior, «Camino de

9. *Fomento de la población rural*, 3ª ed., Madrid, 1864, p. 28.
10. *Ibidem*, p. 32.
11. Antonio de Trueba, *El libro de los cantares*, Madrid, s.a., prólogo.

la aldea», Trueba va a apuntar el significado de la égloga como contrapunto positivo del mundo industrial, cuando éste surge con los primeros establecimientos modernos a los que se llama todavía con el antiguo nombre de «ferrerías»: mientras en las faenas campesinas todo es bienestar — «muchachas y muchachos cantan y ríen» —, el obrero de la ferrería ve como su única vida auténtica los días en que puede regresar al hogar rural: el relato se cierra con una maldición del autor dirigida a los medios de confort urbanos por anular los valores sentimentales y religiosos del campo [12]. Por añadidura, en 1862, la designación de Trueba como cronista del Señorío de Vizcaya le permitirá ampliar el alcance de su obra, con escritos sobre la vida económica de la provincia en que su cosmovisión puede expresarse con mayor riqueza de datos, precisamente en los días en que se inicia la explotación industrial moderna — en cuanto a procedimientos de extracción y distribución, comunicaciones — de la cuenca minera vizcaína. Sus dos obritas, *Resumen descriptivo e histórico del MN y ML Señorío de Vizcaya* (1872-3) y, sobre todo, el *Bosquejo de la organización social de Vizcaya* (1870) reflejan a la perfección la estimación armonista de quien contempla los efectos positivos de la exportación creciente de mineral y la construcción de los primeros altos hornos, sin que todavía se haya perturbado el equilibrio demográfico, ni modificado las relaciones económicas y los rasgos morales de la Vizcaya campesina. Las caballerías no han sido todavía sustituidas enteramente por el ferrocarril, ni la navegación a vapor ha implantado su hegemonía. Puede, pues, aun soñarse con una integración entre orden tradicional y modernidad, preservando el estereotipo campesino (feliz e igualitario), que va a quebrarse definitivamente a partir de 1876. La aceleración del cambio permitirá que el mito sobreviva al nuevo régimen económico, incorporado ahora como modelo utópico y arcaizante frente al orden industrial y sus consecuencias políticas — la fundamental, la concentración de mano de obra inmigrada, por añadidura incorporada política y sindicalmente al socialismo. La imagen ideal del País Vasco descrito por Trueba es la que hará suya por entero Arana-Goiri, pero convertida ahora en pieza clave de un ideario político.

Y, *last but not least*, la sustitución de la historia por la leyenda. La idealización del mundo rural necesita el complemento de una explicación supuestamente histórica, como elemento de dinamización de unas relaciones sociales que a través del caserío ofrecen sólo su vertiente estática. Un cultivo muy intenso de la leyenda, más o

12. Antonio de Trueba, *Capítulos de un libro, sentidos y pensados viajando por las provincias vascongadas*, Madrid, 1864.

menos tradicional, servirá para presentar los momentos heroicos en que los vascos supieron defender su oasis de libertad y de pureza. La imagen del guerrero medieval, dobla, justifica y moviliza al mismo tiempo de cara a los conflictos previsibles, a la imagen del «baserritarra». Sin estos antecedentes no podría entenderse por qué el primer libro de Arana-Goiri, *Bizkaya por su independencia,* es el relato de cuatro batallas medievales, más o menos míticas, y que semejante construcción obtuviera la audiencia que permite valorar la reunión de Larrazábal. Aquí el gran antecedente sería el suletino Joseph Agustin Chaho, con su temprana idealización de los «euskarianos» en supuesta insurrección — primera guerra carlista — por defender sus fueros. Chaho no sólo cubre de leyendas el pasado vasco, empezando por Aitor, sino que presenta en su *Voyage en Navarre* a modo de testamento político de Zumalacárregui, la necesaria unidad de los vascos de Francia y España, incluso su eventual independencia en el seno de una federación cantábrica: «Fondés sur ce principe et sur le droit historique, peut-être, quelque jour, les Basques tenteront de recouvrer l'unité nationale dont ils jouissaient autrefois [13]. » La narración romántica de Chaho presenta asimismo otros rasgos prenacionalistas, en su compleja idealización del vasco — momento unitario y armónico de los rousseaunianos hombre natural y social: la conservación del idioma como soporte de la raza, la democracia vasca como libertad originaria, la contraposición a Castilla, «peuple sans nom» («cagots dégénérés») [14]. Pero, aunque conocidos, los escritos de Chaho son sólo una pieza inicial de un desarrollo que el gusto postromántico por la leyenda y las dificultades de la reconstrucción histórica prolongarán con intensidad creciente de las décadas centrales hasta el fin de siglo.

La obra más representativa es, posiblemente, el libro de *Tradiciones vascocántabras,* de Juan Venancio de Araquistain, publicadas en 1866. Araquistain es un escritor consciente del papel estrictamente ideológico que trata de conferir a sus leyendas, para mantener la estabilidad de las creencias tradicionales y la identidad del pueblo vasco. Con cada una de las leyendas, intentará inculcar a sus lectores «o un principio de moral eterna, o el culto santo del hogar paterno, o el apasionado amor de sus montañas», por otro nombre «el amor a la patria». En conjunto, las leyendas y tradiciones actuarán, para Araquistain, como sustitutivos de una inexistente historia nacional: «Con razón se dice pues — concluye —, que la nación que reuniera la colección más completa de tradiciones, cantos y leyendas popu-

13. J. Augustin Chaho, *Voyage en Navarre pendant l'insurrection des Basques* (1830-35), Paris, 1836, p. 213.
14. *Ibidem,* p. 421.

lares, sería la que tuviera la historia más acabada[15].» El pasado mítico, con su carácter ejemplar, permite así contemplar a la sociedad rural una posible supervivencia ante el previsible impacto de la modernidad. La integración de los niveles es visible en los versos introductorios que el propio Araquistain pone al frente de su libro:

> Allí vive sin siervos ni Señores
> con sus hijos, *arrando* en la alta sierra,
> como vivieron antes sus mayores
> fatigando sus armas, o su tierra;
> que hidalgos a la par que labradores
> al oir la *vasca-tibia* en son de guerra,
> trocaban su *chartés* por la coraza...
> la antigua *laya* por la férrea maza[16].

Es la lección que, sobre todo, exhibe el relato de la batalla de Beotivar, «Beotivar-co Celaya», con su enseñanza del enfrentamiento victorioso de los guipuzcoanos a los invasores castellanos y navarros. Formal e ideológicamente, el cuadro de los enfrentamientos de Arrigorriaga, Munguía, Ochandiano y Gordejuela, que presentará en 1892 Arana-Goiri estaba ya construido. Y de la significación que Araquistain les atribuía da idea su réplica al historiador Soraluce. que desde el *Semanario católico vasco-navarro* le reprochaba a él y a Ramón Ortiz de Zarate «esta clase de espantajos, conminaciones y modo de argüir» sobre el gigante de cartón de las tradiciones, invalidadas por la historia[17]. Recordando la finalidad real de su obra, Araquistain le responde que «la historia formará eruditos, pero no hace héroes, sobre todo en las masas. Sólo las tradiciones, los cantos, en fin, las historias populares... tienen fuerza para inflamar la imaginación en los pueblos[18]». Sin proponérselo, Araquistain adelantaba los fundamentos psicosociales de la politización del género, tras 1876.

El auge de la literatura vasca pre-nacionalista coincide con la pérdida de los fueros y la constitución consiguiente de movimientos políticos, que con base social mal definida y filiación doctrinal diversa, intentan organizarse frente a la abolición del sistema foral. El de mayor duración será el formado en Bilbao en torno a la Sociedad Euskalerría, que acabará fundiéndose tras una larga serie de conflictos con el movimiento nacionalista. Pero el que mejor encarna la politización de la literatura costumbrista y épica, así

15. Juan V de Araquistain, *Tradiciones vasco-cántabras*, Tolosa, 1866. *Cit.* por reedición de la Gran Enciclopedia Vasca», Zalla, 1966, p. 450.
16. *Ibidem*, p. 451.
17. Nicolás de Soraluce, «Irurac bat», *Semanario católico vasco-navarro*, n. 12, 23-III, 1867, p. 187-188.
18. Juan V Araquistain, «Remitido», *Semanario..., cit.*, n. 14, 5-IV, 1867, p. 221.

como la inviabilidad de una organización nacionalista a falta de los necesarios supuestos sociales, es la Asociación Euskara, proyectada en Pamplona en 1877 por Juan Iturralde y Suit y que en un principio contará sólo con trece adherentes. Más tarde, gracias a la publicación entre 1878 y 1883 de un órgano mensual — la *Revista Euskara* —, y a la presencia de dos teóricos de cierto relieve, Arturo Campión y Hermilio de Olóriz, la Asociación ensanchará su audiencia. El vacío político creado por la proscripción del carlismo juega asimismo en su favor, otorgándoles por algún tiempo una clientela electoral centrada en Pamplona. En una primera época, que coincide con la edición de un periódico político diario *El Arga,* la Asociación puede canalizar diversas tendencias bajo el lema de restauración foral que traduce el subtítulo de «Unión basko-nabarra». Más adelante, la politización hará que los «euskaros» sean abandonados por aquellos que sólo estaban conformes con la propaganda cultural — Campión comentará «el apartamiento de muchos que se contentaban con que se escribiesen versos, se hiciese música y se premiasen vacas gordas» —, y a continuación otro tanto sucede con el sector liberal. Al borde de constituir un partido, la Asociación duda sobre el programa, que por el momento no va más allá de la ley paccionada de 1841 y el «apartamiento de los partidos ultra-ibéricos», sin más instrumento que los comités electorales casi espontáneos. Pero el giro a la derecha origina un cambio en el periódico, que pasa a ser el *Lau-Buru,* con el lema «Dios y fueros», mientras se alcanzan resultados positivos en elecciones municipales, se radicaliza la oposición a la centralización y se lucha con el liberalismo. El regreso carlista, a partir de 1886, frustrará la trayectoria [19].

La importancia de la Asociación Euskara de Navarra en la génesis del nacionalismo es sobre todo de carácter teórico. Algún rasgo de sus estatutos anticipa los del Euskeldun Batzokija sabiniano, como la calidad de vasco o navarro requerida para ser socio efectivo o el intento de reproducir la estructura política del País en el Antiguo Régimen denominando «batzarre» a la Junta general de los asociados. Según los mismos Estatutos, su constitución tendía a «conservar y propagar la lengua, literatura e historia euskaras, estudiar su legislación y procurar cuanto tienda al bienestar moral y material del país». Doble finalidad, cultural y política, que se mantiene en la prolongada actuación doctrinal de la principal figura de la Asociación, Arturo Campión, que en el mismo año de aparición pública desempeña sucesivamente los cargos de vicesecretario gene-

19. Datos tomados de la «Conferencia acerca del orígen y desarrollo del regionalismo navarro», de Arturo Campión. Pronunciada el 3 de junio de 1891 y recogida en sus *Discursos políticos y literarios,* Pamplona, 1907, p. 35 y s.

ral. Campión, que en su prolongada vida, entre 1854 y 1937, tiene oportunidad de seguir toda la evolución política del nacionalismo vasco, hace muy pronto una declaración teórica fuerista, publicando en 1876 sus *Consideraciones acerca de la cuestión foral y los carlistas en Navarra.* Más tarde alternará incansablemente el ensayo político y la creación literaria, sobresaliendo en el segundo aspecto como verdadero sistematizador de la representación del País típica del nacionalismo. En el plano estrictamente político, su alcance será menor, sosteniendo posiciones cercanas al partido nacionalista con un sentido moderado de nacionalismo unionista respecto al Estado español.

Las *Consideraciones* de 1876 arrancan de una profesión de fe adversa al carlismo, definido como «sempiterno en su odio a la libertad, tenaz en sus opiniones, sanguinario en sus procedimientos», pero con innegable apoyo popular en una región donde el liberalismo es patrimonio de propietarios y profesiones liberales, únicos partidarios del fuerismo económico-administrativo sostenido por la ley de 1841. La facción pasada se explica, a falta de otro argumento, por la actuación del clero y la religiosidad popular. Pero lo más destacable del folleto, con el enlace trazado entre los fueros y la tradición liberal española, resulta la descripción del orden armónico reinante en las zonas montañosas de Navarra, con el correlativo argumento de la degradación introducida en la Ribera por el contacto con España. La descripción, que por vez primera tiene valor político, enlaza con las afirmaciones recogidas por Trueba y adelanta el esquema dualista que será típico de la argumentación sabiniana:

> Si vais a Navarra, no dejeis de visitar su montaña. En ella concluyen las agitaciones malsanas de la vida moderna; en ella la dorada opulencia deja de codearse con los harapos del mendigo; en ella olvidareis que el crimen existe en el mundo, y que los hombres tienen que guardarse de las acechanzas del ladrón o del puñal del asesino; en ella no tropezarán vuestros ojos con esas turbas, que tendidas perezosamente en el suelo, pasan la vida sin más goce que la holgazanería; en ella en cambio vereis la familia unida, la autoridad paterna respetada, la vejez bendecida, la tierra ingrata transformada por incesante y heroica labor, en que la mujer toma parte sin perder su hermosura, la raza humana vigorosa y fuerte, libre en medio de la naturaleza dominada por sus esfuerzos, como para servir de eterno contraste a esas otras razas enervadas por el vicio, esclavas de sus pasiones [20].

Dejando para un momento posterior la adjudicación de este papel de contrafigura, Campión proyecta insistentemente a partir de 1876

20. Arturo Campión, *Consideraciones acerca de la cuestión foral y los carlistas en Navarra*, Madrid, 1876, p. 19.

sobre sus narraciones la imagen citada, con el fin de acentuar los aspectos negativos ocasionados por la supresión de los fueros. En «Orreaga» («Roncesvalles», de 1877), está ya presente la imagen romántica de una liberación nacional frente al extranjero, descrita en términos de retorno a la antigüedad idealizada. Al alcanzar los vascos la victoria sobre la retaguardia de Carlomagno:

Ume ta andreac, dantzan dira pozquidaz beteric, Ibañetan. Erbesteric ez da Euscal-errian, eta menditarren deadar ta pozezco irrintziac eltzen dira ceruberataño[21].

En «La muerte de Oquendo» (Okendoren Eriotza), de 1883, se plantea el problema central de la castellanización del País Vasco, desprovisto de la autonomía que le procuraba el sistema foral — y de sus beneficios morales:

Orra, *Jaungoikoaren eta Fueroak* arbolaren azpiran jayo zan baten bizitza eta eroitza.
¿Zein izango dira gureak, Euskaldun-gaztelatutako?[22]

Es, de una u otra forma, el «cómo nos salvaremos los vascos» — ¿ñola salbatuko gera, gu euskaldunak? — que cierra otra de sus reflexiones del momento sobre la nueva situación. Va así forjándose paralelamente, sobre la línea trazada años atrás por Chaho, el contra-modelo de las formas de vida castellanas, juzgadas como ejecutoras e inferiores a un tiempo de las vascas. En la leyenda de «El coronel Villalba», el ejército castellano que invade Navarra reviste todos los caracteres del Mal, hasta provocar la intervención divina sobre su jefe blasfemo: «no son soldados, son verdugos», dirá Campión. Y en la evocación de Aitor, el no-vasco Pelayo, acogido a la hospitalidad vasca hace unas promesas de respeto al País, cuya trasgresión anuncia la advertencia final del anciano: «Nere semeak, Erdaldunaren aguintzak gezurrak dira[23].» La conformación de las distintas historias es análoga. La evocación de un hecho alejado en el tiempo, es decir, la leyenda como suplantación del relato histórico, ofrece el sentido ejemplar de las relaciones de conflicto entre los vascos y quienes no lo son. Siguiendo los caminos de la historiografía romántica vulgarizada, los personajes incorporan los rasgos del estereotipo que se trata de imponer sobre el lector. La pretensión didáctica se observa también en la moraleja que suelen encerrar las últimas frases y la carga pseudo-histórica queda recogida en el subtítulo que el propio Campión dispuso para

21. Arturo Campión, «Orreaga», en *Euskariana*, parte 1ª, Bilbao, 1896, p. 15.
22. Arturo Campión, «Okendoren Eriotza», *Euskariana, cit.*, p. 212.
23. Arturo Campión, «Aguintza» (La promesa), *Euskariana*, cit., p. 8.

la reunión de sus narraciones en la serie *Euskariana*: «Historia a través de la leyenda.» Puede así resultar modélico el relato titulado «Denbora anchiñakoen ondo-esanak» (las cosas bien dichas o los aciertos de tiempos antiguos), en que, ante los vascos a quienes han sido arrebatados con los fueros honra y felicidad, se presenta el ángel del pasado mostrando la capacidad de lucha del pueblo vasco para repeler al extraño. A falta de una sistematización política, es ya el esquema de *Bizkaya por su independencia,* once años posterior al texto de Campión.

Pero los textos de la *Revista Euskara* o de otras publicaciones vascas contemporáneas (*Euskalerría,* de San Sebastián, la *Revista de las provincias euskaras*) muestran que la politización de los géneros literarios tras 1876 era un rasgo casi general y que Campión venía a ser sólo la figura más representativa, antes que una excepción. La sucesión de certámenes literarios, impulsada en un principio por la propia Asociación Euskara, sirvió para probarlo. La celebración de fiestas euskaras, debida a la iniciativa del astrónomo Antoine d'Abbadie, tenía su origen en el País vasco-francés, en 1852. En 1883, y ahora con intervención del escritor vizcaíno Vicente de Arana, se celebraron las primeras en el País Vasco peninsular, en Marquina. Pero a partir de julio de 1879 la Asociación Euskara había organizado certámenes poéticos en que cobró fuerza un género lírico estrechamente vinculado a la situación política. En el primer certamen, celebrado en Elizondo, triunfa ya el poeta que los años que siguen ha de encarnar la protesta frente al nuevo régimen y el elogio (y la mitificación) del orden abolido, Felipe de Arrese y Beitia. La poesía vencedora es una elegía, *Ama Euskeriari azken agurrak,* último saludo a la lengua madre en trance de desaparición:

¡Ill da Euskera! ¡Ill da Euskera!
Betiko itchi dauz begiak.
¡Negar Arabak! ¡Negar Gipuzkoak!
¡Negar egin bei Bizkayak!
¡Negar arkaitzak! negar, mendiak,
Argotu arte iturriak
Aimbeste gacho, aimbeste gatchen
¡Osasun emongarriak[24]!

Con variantes sólo formales, sus poesías patrióticas («herrikoi») responden a los mismos rasgos que la elegía premiada: condena de la castellanización, cargada en la cuenta de la pérdida de las libertades forales, descripción idílica de una sociedad rural sacralizada, invo-

24. Felipe de Arrese y Beitia, «Ama Euskeriari azken agurrak», *Revista Euskara,* II, 1879, p. 238.

cación final a la divinidad y al pueblo vasco para lograr la recuperación de la independencia — o mejor, libertad — suprimida con la asimilación a Castilla. Podían citarse fragmentos similares, tomados de «Jaungoikoa eta fueroak» (Dios y fueros, 1896), «Bizi da ama euskera», «Bizkaitar zarrak eta erromatarrak» (Los antiguos vizcainos y los romanos, 1883), etc. Esta última constituye una llamada a la lucha vasca por la libertad, precursora de Arana y similar a la composición en prosa coetánea de Campión. La independencia supondrá la recuperación de la pasada felicidad:

Eta azkenez, ¿nungoak ziran
beti libreak,
agundo bere iñoz buztartu
egin bageak,
beti ta beti gorderik zintzo
zarren legeak,
zorion eta dontsuta sunez
bete-beteak [25]?

Y, cerrando una cosmovisión estrictamente homóloga a la sabiniana, la contraposición en «Arbola bat» (de 1881, dedicada a la Sociedad Euskalerría) del armónico orden de la democracia vasca y la opresión vigente:

Arbola bat zan Bizkayan bere
neure anaya laztanak
zeiñen azpian pozez beterik
egoten ziran asabak,
kerispe zabal artan jarririk
eguinda euren Batzarrak,
bustarri bega nasai ta libre
bizi ziran bizkaitarrak [26]

El dolor ante el cambio político se expresa siempre uniendo la desaparición del paisaje tradicional y el hundimiento del pueblo, como en *Ama Euskeriari*: «Arroak beera ichasoruntza / doiazan errekachoak / gau eta egan chlioz dagoz», cerrándose en lamento con la pérdida de nacionalidad. Un «¡ay gara Gaztelakoak!», cuya superación requiere la fe religiosa de los vizcaínos en la intervención de Dios para recobrar la libertad.

En realidad, hablen de los supuestos orígenes históricos de Vasconia o Navarra, de las costumbres e instituciones tradicionales, o de las leyendas, los colaboradores de la *Revista Euskara* se mueven sobre el mismo eje descrito de idealización de la vida agraria y recuperación (y manipulación) del pasado a través del mito. El

25. «Bizkaitar zarrak eta erromatarrak», *Revista Euskara*, VI, 1883, p. 49.
26. «Arbola bar», *Revista Euskara*, IV, 1881, p. 238-241.

lenguaje poético de Arrese y Beitia, los cuentos — como «El ruiseñor de Errota-zuri» de Iturralde, condenando al pájaro que acepta la pérdida de la libertad — los ensayos históricos tienden a configurar una imagen bastante homogénea en torno a los temas y con las simplificaciones que hemos señalado. Así, Hermilio de Olóriz cubre en verso castellano una trayectoria cercana a los poemas en vascuence de Arrese, culminando con el grito de guerra que es su «¡A Castilla!», con el que, según relata Campión, se cerraban los banquetes euskaros sin atreverse a imprimirlo ante la eventual respuesta de la autoridad. El propio Olóriz publica en 1880 un libro, *Fundamento y defensa de los Fueros* donde el relato histórico-legendario, sometido a una elaboración elemental, cubre una función similar a los relatos de batallas victoriosas a que procederá Arana-Goiri, en el siempre citado *Bizkaya por su independencia.*

El engarce entre las posiciones mencionadas y el nacionalismo puede seguirse a través de la evolución de la obra del propio Arrese y Beitia en la década de 1890. El adversario del euskera se concreta, para el poeta y ornamentador de iglesias de Ochandiano, en la defensa de la limpieza de sangre frente a la inmigración, culminando en «Aspe eta Pérez» la condena del «maketo inmigrado e infeccioso[27]». Como escribiera Campión en *El genio de Navarra*: «El tipo euskaro pierde terreno. La marea sube; el agua corruptora de la asimilación empuja su limo hasta las cumbres de las altas montañas[28].» Más consciente de la realidad, Arana-Goiri pondría en juego el mismo repertorio ideológico cuando la amenaza se concreta a través de la industrialización.

Por lo demás, los rasgos que acabamos de describir se presentan sin variantes estimables en publicaciones de otras provincias vascas. En Vizcaya, destaca la actividad de Vicente de Arana, animador de la resurrección de las fiestas euskaras y fundador de una Sociedad de defensa del folklore vasco en la que toma parte el joven Miguel de Unamuno, Arana dirige también una publicación de las más valiosas del período, la *Revista de Vizcaya,* que entre 1885 y 1889 acoge los temas literarios y mitológicos de sus colegas de Guipúzcoa y Navarra, pero el hecho del cambio económico se halla presente, con la consiguiente apertura hacia otros horizontes y preocupaciones. Vienen así a coincidir en las mismas páginas hombres que han de seguir rumbos muy diversos: desde los jóvenes

27. En «Botozko feria», proclamaba ya Arrese su sanción de la actitud nacionalista: «Ondoen eigo dezu gaur orise Pachi, / eta lege zarrari zintzo zintzo eutsī, / eta karlistak eta berdin liberalak / bijoaz Ebrotikan anitza dandanak; / eta degulasco emen bituen faltarik. / Euskaldunen odolo bageunka garbirik.» Ver prólogo de Campión, a Arrese, Ama Euskeriaren Libuvu, Bilbao, 1900.

28. Arturo Campión, «El genio de Navarra» (1884-1888), *Euskariana,* 2ª parte, Bilbao, 1897, p. 118.

Unamuno y Sabino Arana, que discuten sobre ortografías castellanas y euskéricas, hasta quienes, como Francisco Gascue se plantean temas económicos concretos (la causa de la crisis carbonera asturiana) a consecuencias demográficas (artículo de Pablo de Alzola sobre la creciente mortalidad en la Vizcaya minera). Incluso aparecen las firmas del grupo krausista de Oviedo, con los jóvenes Adolfo Posada y Alvarez Buylla, y la presencia de «Clarín». Surge así temporalmente un espacio para la convivencia intelectual en Bilbao que no reaparecerá hasta que treinta años más tarde, al calor de la acumulación capitalista de la I Guerra Mundial, Jesús de Sarría funde la revista *Hermes.*

Pero la colaboración de Vicente de Arana en su revista encaja perfectamente con los escritos que Juan Vicente de Araquistain publica en *Euskal-erría,* o Campión, Arrese, etc. en la *Revista Euskara,* de la que él mismo es colaborador. Su contribución mayor es nada menos que la evocación de la figura mítica de Jaun Zuria, cuyo estudio en un lapsus bien significativo propondrá poco después Azcue como alternativa a la enseñanza de la historia castellana. En 1882, el propio Vicente de Arana había publicado un libro de leyendas, *Leyendas de Euskaria,* perfectamente ajustado a la tendencia general. La descripción de la igualdad de «acaudalados industriales y comerciantes», «humildes labradores» y «valientes marinos» en el seno de las Juntas generales, es el prolegómeno de una serie de relatos que prolongan estrictamente los cauces trazados por Araquistain, con el leitmotiv de la libertad y felicidad de «los hijos de Aitor». Incluso formalmente, alguno de sus mejores relatos, como «Los hijos de Amándarro» no es sino la réplica de lo que años antes escribiera el archivero de Tolosa. Tal vez lo que procuraba Vicente de Arana era una cierta integración de los discursos de Araquistain y de Trueba, de la leyenda y del cuento rural rosa, puestos al servicio de la idea fuerista. Según escribía un comentarista coetáneo: «La imaginación de Arana, semejante a un rayo de luz, ha ejercido la magia de sus evocaciones en todos los ámbitos de la vida euskara; ha teñido las escenas del presente con los suaves colores de una fantasía tierna y al llegar a las brumas de lo pasado, filtrándose por entre los multiformes vapores, ha sabido destacar en aquellos limbos, vivientes apariciones. Ya es el caserío posado en la montaña como una paloma en la pradera; ya el castillo feudal alzando sus almenadas torres al cielo, como una afirmación de orgullo, de fuerza, de intrepidez; ya la ancha arena del torneo, donde se lidia por la posesión de la virtud y de la hermosura; ya el sangriento combate por la independencia de la patria[29]....»

29. *Revista Euskara,* VI, 1883, p. 118.

La inmigración de mano de obra exigida por la industrialización y la penetración socialista son, sobre el fondo de discriminación frente al extraño (e inferior económico) que predomina en el Bilbao de 1880-90, los nuevos elementos que introducen la imagen estereotipada cuya génesis hemos tratado de seguir en una ideología política. La recuperación arcaizante del mundo rural destruído pondrá en juego como baza fundamental esta imagen, cuya última consecuencia, con palabras de Campión, pero que podrían encontrarse en Arana o en cualquier otro publicista burgués del momento, es la incompatibilidad *esencial* entre el vasco y el socialismo:

> Entre el genio euskaro y el socialismo media repulsión absoluta e irreductible. Así se explica que los propagandistas, los fautores y los secuaces de esas ideas, oprobio de Bizkaya, sean los advenedizos, los nómadas de la inmigración. Esta es la última invasión de extranjeros que padecemos. Y de igual suerte que atentan a la pureza de nuestra raza y a la integridad de nuestra fisonomía castiza con sus oleadas de detritus étnico, masa híbrida de celtas bastardeados, de latinos decadentes y de moros corrompidos, todavía pretenden, señores, causarnos un daño mayor, envenenándonos las almas con un grosero ideal, propio de envidiosos esclavos [30].

La trayectoria culmina con el *Vizcay'tik Bizkai'ra*, zarzuela cuyo libreto escribe Resurrección María de Azcue, y cuya presentación coincide cronológicamente con los últimos meses del semanario sabiniano *Bizkaitarra*. La obra es también coetánea del relato *Pedro Mari*, de Campión y como él aprovecha la coyuntura de la guerra colonial para atraer la opinión hacia el nacionalismo, recordando la ausencia de servicio militar obligatorio para vascos y navarros en la época foral. Y no hay que olvidar que, en su versión teatral e impulsado por el aberriano Eli de Gallastegui, *Pedro-Mari* alcanzará nueva popularidad en los años veinte con motivo de la guerra de Marruecos. Pero en el libreto de Azcue la ambición es mayor y con razón Arana-Goiri ve en la pieza el nacimiento del teatro nacional vasco. Conjugando los tres niveles de la educación, el servicio militar y las elecciones, Azcue trata de poner de relieve el complejo de factores que configuran la destrucción de la sociedad tradicional y la única solución viable: una actuación política de carácter nacionalista-vasco que restaurase la armonía perdida con la industrialización. Esta aparece como protagonista encubierto de la desvirtuación: la corrupción electoral y su agente operan gracias al dinero procedente de las minas. En la base, el esquema simplificador que definiera en la década anterior Arturo Campión en

30. Arturo Campión, «La personalidad euskara en la historia, el derecho y la literatura» (1901), en *Discursos políticos y literarios, cit.*, p. 139.

*Euskal-erría,* contraponiendo a la pureza de las costumbres tradicionales la corrupción derivable del contacto entre tipos raciales diferentes:

> En las regiones que conservan el tipo euskaro — escribía en completo aislamiento de cualquiera otro, existen muchísimos pueblos donde los hombres más viejos no recuerdan que jamás se haya cometido un homicidio. La navaja es objeto de la execración pública. En las regiones de tipo euskaro, pero en contacto con tipos que ya no lo son, algo se va relajando esa admirable dulzura de costumbres [31].

Lo que para Campión se presentaba como posibilidad, mediada la década de 1880, es para Azcue diez años más tarde una realidad perfectamente definible de acuerdo con un esquema dual. Por una parte, la sociedad rural amenazada por los cambios económicos y políticos, idealizada en sus rasgos morales a través de las figuras de los viejos aldeanos; frente a ella, quienes encarnan la corrupción, la «castellanización» del País, el agente electoral, los guardias y, sobre todo, el maestro nacional, que no sólo encarna la destrucción de la cultura vasca mediante la desaparición de su idioma, sino, al mismo tiempo, todos los rasgos negativos de la civilización «erdérica» y, en su calidad de agente del soborno en las elecciones, el complejo de factores que determinan la degradación del pueblo a través de su pérdida de los atributos tradicionales. Los demás personajes complementan y prolongan los dos ejes opuestos y el único puente, símbolo a su vez del proceso de desvasquización, es la figura de Txomin, el joven arrancado al País mediante las quintas, que al regresar «maketizado» ha perdido por entero las costumbres de la raza que aun guardan sus mayores. A la degradación cultural provocada por el maestro, se unen la política (colaborando en las acciones caciquiles), la moral (con su preferencia por los bailes «exóticos» y andaluces), para, finalmente, incurrir en la acción criminal del robo, antítesis del comportamiento que la literatura pre-nacionalista fija como rasgo distintivo del hombre vasco.

Pero la importancia de *Vizcay' tik Bizcai'ra* no es sólo resumir en su totalidad los elementos que han de integrar la mentalidad nacionalista, sino presentarlos en el curso del drama en sus dos aspectos privilegiados, el conflicto cultural y la lucha política. La acción se cierra con el triunfo del candidato vizcaino Txantérika, del cual no sabemos otra cosa que su amor por las formas populares y su distanciamiento respecto a los centros de poder económico industrial. Pero la lección principal se extrae en el orden de

31. Arturo Campión, «El genio de Navarra», en *Euskariana,* IV, Bilbao, 1905, p. 111-112. Los artículos fueron publicados entre 1884 y 1888.

la defensa de la cultura autóctona frente a la homogeneización nacional-española. El alcalde indiano lo resume en la conversación final:

Ayuntamientos de Bizkaya y de todo el país euskaldun; dejad las *escolas* y los *maisus* para los hijos de los carabineros; y cread *ikastegis* e *irakasles* para vuestros hijos. Y si el Gobierno os manda Vives y Almendralejos para que sus familias no mueran de hambre, no les negueis pan, pero en vez de la llave del corazón de vuestros hijos, dadles una guitarra para que canten tangos y malagueñas [32].

La protesta contra el proceso de destrucción de la cultura vasca y su utilización al servicio de una política discriminatoria dirigida a borrar los resultados de la industrialización se funden en la consigna que supone el título, señalando el paso necesario de la provincia de Vizcaya, sometida a dominación española, a una Bizkaya regenerada mediante el regreso a una cultura y a una política tradicionales. Comentando el estreno, Arana-Goiri supo ver la fácil traducción de semejantes propósitos a las aspiraciones del naciente partido: «Al oir los primeros acordes de la preciosa obertura — escribía en *Bizkaitarra* —, ya el público empezó a sentir y la imaginación volaba lejos, muy lejos de esta *maketizada* Bilbao, muchos años, muchísimos años atrás de la época presente, y veía un *gela* de clásica, casería y sentada en rústica *aulki,* a una *ama* bizkaina, meciendo en secular *siaska* a su tierno *ume,* y entonando con la fresca voz de su raza el protohistórico *lolo,* ese canto originalísimo, melodioso, dulce como el amor de madre, tranquilo como la vida del bizkaino de otros siglos en sus montañas libres, melancólico y triste como el eco de los combates, enérgico y fiero al fin como el grito de guerra por la independencia patria [33].»

Con independencia de la línea seguida posteriormente por Azkue y por otros precursores literarios del nacionalismo político, *Vizcaytik Bizcaira* marca el lugar de conciliación entre el arcaísmo y el ruralismo dominantes en la literatura vasca de la segunda mitad del ochocientos y las exigencias políticas de un movimiento que ha de utilizarlos como contrapunto de las fuerzas sociales y políticas — gran burguesía urbana y proletariado —, al mismo tiempo creadas por protagonistas del proceso de industrialización. En adelante, el bajo nivel de racionalización teórica y la constante

32. Resurrección Mª de Azkue, *Vizcaytik Bizkaira,* Bilbon, 1895, p. 78. La actitud de Azcue, representativa de la actitud fuerista, responde a una realidad: el coste social que, aun al margen de la pérdida del eüskera entraña la castellanización del País. Como describía Campión respecto a Navarra, «los abuelos hablan exclusivamente el baskuence; los hijos mal el baskuense y el castellano; los nietos exclusivamente el castellano, un castellano tosco, incorrecto, con ribetes de bárbaro». Ver *Discursos políticos y literarios, cit.,* p. 154.

33. Sabino de Arana-Goiri, *Obras completas,* Buenos Aires, 1965, p. 492.

apelación a elementos sentimentales y para-culturales inscribirán la producción literaria — y con especial relieve, el teatro — entre los medios privilegiados de propaganda nacionalista. Las pautas estaban trazadas por el ejemplo de otras literaturas europeas nacionalistas del XIX y la mejor prueba de la persistencia de la operatividad de los símbolos y el lenguaje empleados será el mantenimiento hasta hoy de la actualidad de obras y autores prenacionalistas utilizando a fondo los estereotipos que hemos visto nacer entre 1850 y 1890. La difusión que alcanzan las reediciones de Campión, el *Amaya* de Navarro Villoslada, e incluso Araquistain, Trueba y Lhande pueden servir de indicador de una supervivencia paralela a la de la mentalidad que ayudaron aquellos géneros literarios a configurar en las décadas finales del XIX.

ANTONIO ELORZA
*Universidad de Madrid*